

Los obstáculos del fundamentalismo

Por ALEXIS PESTANO

A partir de las conclusiones del Concilio Vaticano II, en especial las contenidas en el Decreto *Unitatis Redintegratio*, de 21 de noviembre de 1964, la Iglesia ha respondido fielmente a la vocación de unidad que interpela en su esencia al Cuerpo todo del Único Señor y Salvador Jesucristo, según Su explícita voluntad (Jn 17,21) para constituir una expresión visible, orientada a la salvación, de la íntima comunión de amor de la Una y Trina Deidad. Esta nueva comprensión sobre la necesidad de la unidad de los cristianos en torno al Padre común demostró la superación definitiva de la mentalidad de confrontación que caracterizó la relación entre la Iglesia Católica y las demás comunidades eclesiales surgidas de la Reforma protestante o desgajadas por alguna razón de la comunión con el Obispo de Roma, y que se manifestó incluso en dolorosos enfrentamientos militares que opacaron con sangre la luz del mensaje fraterno del cristianismo. En consecuencia, la Iglesia, asumiendo su parte en la responsabilidad compartida, ha intentado expiar el pecado histórico del odio mediante la gracia del *ecumenismo*.

Y la semilla sembrada ha encontrado suelo fértil, como sólo podría esperarse en una tierra que ya se ha abierto a la anterior semilla del Evangelio. Las últimas décadas han presenciado la recurrencia de encuentros esperanzadores de acercamiento entre las distintas confesiones entre sí y con la Iglesia. El histórico abrazo entre el Patriarca Atenágoras y el Papa Pablo VI en Jerusalén con el levantamiento de las mutuas excomuniones entre ambas Iglesias (Católica y Ortodoxa) y las sucesivas comisiones para el diálogo teológico que trajo consigo, la compartida declaración sobre la justificación entre Roma y la Iglesia Luterana y los debates de la comisión anglicana-católica sobre la mariología y otros temas, así como la obra realizada por los consejos de iglesias locales y en particular por el Consejo Mundial de Iglesias, constituyen pruebas claras de un afianzamiento de la voluntad ecuménica en el seno del cristianismo.

Sin embargo, el incremento en fuerza y actividades del movimiento ecuménico no ha estado exento de resistencias, algunas de gran fuerza. El centro del esfuerzo hacia la unidad ha estado, con ciertas mínimas

... algunas de las iglesias protestantes de creación posterior a la de los grandes grupos de la Reforma histórica, se adscriben dentro del fundamentalismo. En cuanto al movimiento ecuménico, la posición de estas iglesias es de abierto repudio y combate.

salvedades, en las que se pudieran denominar como grandes e históricas Iglesias, de tradición católica (Romana y Ortodoxa) o de la primera Reforma (Luterana, Presbiteriana-Calvinista, y Anglicana), que se han mostrado proclives a aceptar la invitación a un diálogo respetuoso y constructivo. Pero de manera paralela a este período de ecumenismo se ha manifestado una creciente oposición al mismo por una serie de comunidades eclesiales protestantes de más reciente origen que en su conjunto sostienen las tesis de lo que, en forma general, se conoce como *fundamentalismo*.

Este término, utilizado en el lenguaje político contemporáneo para identificar a las posiciones inflexibles y fanáticas, tiene en sus orígenes un significado religioso en el contexto cristiano, a partir de un texto en doce volúmenes titulado *Los fundamentos*, publicado en 1909, en Estados Unidos. En esta obra se contenían las posiciones básicas de un conjunto de iglesias protestantes norteamericanas que se oponían a lo que consideraban la liberalización y traición a la fe de las iglesias tradicionales, las que habían pactado con la secularización y el ateísmo. Ante lo que entendía como la *liberalización* de la Iglesia cristiana, el fundamentalismo oponía, por una parte, un estricto literalismo bíblico que conducía a una confrontación directa con el pensamiento moderno (particularmente el científico en el caso de la negación firme del darwinismo), sumado a un sobredimensionamiento de la escatología (doctrinas sobre el fin de los tiempos) y de la acción de lo diabólico en la vida ordinaria; mientras que por

la otra acentuaba el rechazo al diálogo con posiciones divergentes.

Asentadas en estos postulados, se vertebraron una serie de confesiones que de manera muy combativa comenzaban a rechazar toda relación con lo que consideraban las fuerzas del mal. Este fundamentalismo ha constituido la esencia de la casi totalidad de los grupos surgidos con posterioridad a la aparición pública de sus principios y ha marcado a su vez a otros con existencia previa. De esta manera, algunas de las iglesias protestantes de creación posterior a la de los grandes grupos de la Reforma histórica, de origen fundamentalmente anglosajón, tanto de culto conservador como renovado, se adscriben dentro del fundamentalismo.

En cuanto al movimiento ecuménico, la posición de estas iglesias fundamentalistas es de abierto repudio y combate. Según el esquema eclesiológico sectario y exclusivista de separación total entre el pueblo de Dios y el mundo pagano y diabólico que sostienen, la no aceptación de los principios “verdaderamente bíblicos” tal como son entendidos por ellas, implica un atentado a la Verdad y, por tanto, impone un claro distanciamiento. Por otra parte, la reducción en la práctica (aunque en principio no se reconozca abiertamente) del concepto de prójimo al espacio intraeclesial en muchos de estos grupos, en evidente contradicción a Lc 10,30-37, refuerza el sentimiento de comunidad cerrada que con frecuencia caracteriza a estas iglesias. El rechazo al ecumenismo desde el fundamentalismo protestante se expresa en dos direcciones básicas: primero, una negación inflexible de la posibilidad de diálogo con otras variantes del cristianismo, especialmente con la

El rechazo al ecumenismo, desde el fundamentalismo protestante, se expresa en una negación inflexible de la posibilidad de diálogo, desde una interpretación paraonico-conspirativa de la naturaleza y fines del ecumenismo, visto como una estrategia global demoníaca de la Iglesia Católica para reabsorber y dominar a los que ya se han liberado del yugo romano.

Iglesia Católica, pero también con el protestantismo que denominan liberal, para ellos en peor condición que el catolicismo, por su “apostasía”, al tiempo se enfrentan incluso entre sí por divergencias teológicas (situación que se expresa, por ejemplo, en la no incorporación a mecanismos de concertación como los consejos regionales de iglesias), sin mencionar la absoluta condena a otras formas de religiosidad. En segundo lugar, una interpretación paraonico-conspirativa de la naturaleza y fines del ecumenismo, en la cual el movimiento ecuménico es una estrategia global demoníaca de la Iglesia Católica de reabsorber y volver a dominar a los que ya se han *liberado del yugo romano*. Así, apoyar al ecumenismo es, para el fundamentalista, poco menos que apostar de la fe.

La confrontación ecumenismo-fundamentalismo, originada en los EE.UU. entre las iglesias conservadoras y liberales, pronto se extendió a otras regiones y Cuba no ha sido una excepción. Junto al protestantismo histórico, presente ya desde la colonia o venido con la influencia norteamericana durante la República, llegaron igualmente de Norteamérica un gran número de denominaciones protestantes de teología fundamentalista. Con el transcurso del tiempo, y la disminución drástica de la anterior casi absoluta presencia espiritual católica tras 1959, estas iglesias, por sus pocos requerimientos para el culto, su mayor flexibilidad, firme activismo e inteligente atención pastoral en zonas rurales (tradicionalmente descuidadas por la Iglesia Católica), han logrado establecer una muy importante presencia social, en especial en centros urbanos y rurales del interior del país.

Por estas razones, el cristianismo protestante de carácter fundamentalista, de culto carismático o conservador, y que incluye grupos muy conocidos ha conseguido desplazar completamente tanto en impacto social como en número de miembros al protestantismo tradicional no fundamentalista como los *presbiterianos*, *episcopales* y algunos *bautistas*, que han estado a favor del ecumenismo. Estas iglesias fundamentalistas representan el mayor obstáculo a la propuesta ecuménica de la Iglesia y, paradójicamente, casi nunca son consideradas en el análisis, a pesar de que interpelan y cuestionan diariamente al católico en su experiencia cotidiana. Resulta pues necesaria una mayor profundización por la Iglesia sobre esta realidad con vistas a la elaboración de políticas pastorales efectivas ante esta situación. Por lo demás, sólo resta acompañar la oración de Jesús al Padre, *para que todos seamos uno, y el mundo crea.*

